

LA OTRA CARA DE LAS FIESTAS DE LAS CARRETILLAS



La elaboración artesanal de las carretillas(1) de 1959 se llevó por delante a José Carreño Mateos, de la familia de “los Judas”, hijo de Ramón Carreño López y de Dolores Mateos Liría. José Carreño “el Judas”, y Luis López Martínez “el sobrino Martínez” (sobrino del cura Juan Antonio López asesinado en la guerra civil), eran de una cuadrilla de amigos formada por Casto Uribe “el Pipa”, Ginés Peña, Diego Reche “el Marino”....

El fatídico accidente ocurrió el día siguiente de Reyes; el siete de enero de 1959, entre las ocho y media y las nueve de la noche. En los años venideros, aquel acontecimiento marcó las fiestas de las Carretillas de Cantoria de varias generaciones y todavía hoy, a algunos de nuestros paisanos se les eriza el vello al recordarlo. El día 17 de Enero se celebra esta festividad en Cantoria desde tiempos inmemorables. La víspera del día de San Antón o de San Antonio Abad, el Grande, patrón de los animales domésticos, del fuego y los quemados, Cantoria se convierte en un hervidero de carretillas que los muchachos y muchachas del pueblo lanzan por todo el municipio.

La cuadrilla de José Carreño y Luis López querían mantener viva la tradición de las fiestas locales donde al llegar la víspera de San Antón, y tras encender las múltiples hogueras repartidas por Cantoria, tiraban sus carretillas para honrar al santo y a sus novias con orgullo y gran ilusión. Era tradición que las mismas peñas de amigos fabricaran sus propias carretillas a lo largo de casi todo un año, desde la obtención del carbón vegetal en el verano hasta la impregnación de pez en el hilo bramante que les daba consistencia a estos artefactos en los últimos días previos a la víspera de San Antón.

En aquellos años, también se podían comprar por docenas al “Polvorista”, que tenía la pirotecnia del pueblo en el Camino del Caño, en el Calvario o, como todavía sucede, comprarlas en el pueblo de Suflí, en la Sierra de los Filabres. Así pues, José Carreño al volver del campo de recoger la oliva y entrada la noche, le dijo a su madre: -“Mama mientras usted hace la cena yo voy a ver a los muchachos”-. Se puso su boina y su bufanda y se dirigió en busca de sus amigos. Tenía toda la cuadrilla gran ilusión ese año porque era el primero que iban a hacer carretillas. José, al ser el mayor de los tres amigos, era el más experimentado y actuaba entre sus amigos como tal. Su intención era sustituirlos para que se fuesen a cenar.

Era un día de invierno, con un viento horroroso y un frío que helaba las palabras. Para ser más exactos, un jueves, puesto que en aquellos años solamente había cine en el pueblo los jueves y los domingos y, esa tarde, los tres amigos habían manifestado su intención de ir al cine al terminar las tareas que se habían propuesto. Juan Antonio, “el Pintor”, les había prestado a esta peña de amigos una pequeña casa propiedad de su madre para que elaboraran sus carretillas. Una casa pequeña y blanca encalada andaluza, en la calle San Juan. Estos se situaron en una pequeña habitación a la derecha de la entrada. La puerta de la casa se mantenía siempre cerrada para evitar el frío que embestía Cantoria. En esos años de carencias todavía, era habitual entre las cuadrillas prestarse el único molino de moler la pólvora existente en el pueblo y todas las herramientas necesarias en la fabricación de las carretillas. Luis llegó a la casa cubriéndose la cabeza con una boina y una pelliza que le tapaba el cuello, protegiéndose de aquella horrible noche. Pero antes se pasó por la casa de Diego para recogerlo. Su padre le dijo que estaba ya en la casa de la calle San Juan y que le diese el recado a su hijo de que la cena estaba lista. En la casa estaban Diego, Ginés y Casto. Este último estaba moliendo en la torva unos dos kilogramos de pólvora. El molino era de dos piedras de mármol redondas, cilíndricas, con un eje en el centro sujetando ambas piedras, manteniendo un

orificio para introducir la pólvora y una manivela para accionarlas. Las piedras eran de unos 50 centímetros de diámetro y unos 10 centímetros de grosor, con unas estrías de tal modo que al frotar una contra otra se iba moliendo la pólvora.

Aquella noche era un noche de ilusiones para todos, Luis se encontró a sus amigos con la camisa “arremangada”. A Diego le dio el recado de su padre, por lo tanto se levantó y se fue a cenar cerrando la puerta tras de sí. La otra cuadrilla que le debía de dejar el molino estaba formada, también por Diego y Luis, por Miguel “el Morcillo”, Pedro “el Ronco” y “el Bulanas”. Ya habían quedado que esa noche se prestaban el molino. Las estaban haciendo en la casa de nuestro tío, Joaquín Rubí, “el Maestrillo”, en la calle Alamicos, esquina con la calle de los Parrales. Luís no se quitó la pelliza porque aún tenía frío. Se sentó en un banco muy bajo que había a un metro y medio aproximadamente de José y comenzaron todos a charlar. Luís no perdía de vista el trabajo de José puesto que era el experto del grupo y había que aprender de él. Entretanto, José le sugirió a Casto que saliera a por un cedazo que otra cuadrilla tenía y aprovechara para echar un pitillo y para cenar. Casto era el único que de los tres que fumaba y como suele suceder entre los jóvenes, le gustaba desplazarse en compañía, por ello Casto le pidió a Ginés que lo acompañara a lo que Ginés manifestó que hacía demasiado frío para salir y que lo esperaba allí. Casto salió y cerró la puerta y cuando aún no se había alejado unos metros de sus amigos, Ginés salió corriendo alcanzando a su amigo, había cambiado de opinión. ¡Esta decisión posiblemente le salvó la vida! Se quedaron José y Luís solos.

Entre tanto, las dos piedras de mármol, una encima de otra y muele que te muele. Sin darle tiempo a Luís a moverse, sentado en el banquito bajo y sin quitarse la pelliza, repentinamente sobrevino una tremenda ráfaga de luz que concluyó en una colosal explosión. Todo sucedió en segundos. Ocurrió lo que en estas tierras alguna vez hemos oído: -“cuidado que no vaya a caer una china en el mortero al manipular la pólvora”-. Al sentarse José y comenzar a picar se ve que cogió una chinilla, pegó un chispazo y seguidamente se produjo la imponente explosión. Explosión que cambió el destino de los dos muchachos, de sus amigos y de sus familias. José se tragó literalmente la llamarada y el fogonazo proveniente del estallido. Le pilló por debajo y con medio cuerpo encima del molino y al estar en mangas de camisa, tampoco tuvo protección alguna que amortiguara las quemaduras producidas por la explosión. De la cintura para arriba se le iba la piel. De la cintura para abajo no tenía apenas daños. Luís se puso las manos en la cara, lo que le evitó mayores quemaduras y, con esas mismas manos, también quemadas, arrancó la puerta de cuajo, puerta que se había quedado encajada en el marco por la deflagración y salió a la calle como pudo a pedir ayuda. Casto y Ginés, casi en la misma puerta, se volvieron inmediatamente a ayudar a sus amigos. A primera vista las heridas de José no parecían tan graves. Casto le preguntó a su amigo: -“¿Y tus ojos?”- A lo que José le contestó: -“Ver si veo, pero estoy asaico vivo, Pipica mío”-. Juan, “el Barbas”, un gitano del pueblo, con más años y experiencia, lió a José en una manta y lo llevó rápidamente a casa de D. Adolfo, nuestro médico.

Mientras tanto, en la plaza de Cantoria, en el bar de Castejón, se encontraban los hombres del pueblo charlando y tomando vino del país; entre ellos estaban “el Peña”, Joaquín, “el Judas”, Juan Martínez Sánchez ... y la noticia del accidente, corrió “como la pólvora” por todas las calles del pueblo. Los vecinos salieron prestos a intentar ayudar a los dos muchachos accidentados. El pueblo entero se movilizó. “El Barbas”, y la familia estaban con el accidentado más grave en casa de D. Adolfo en la calle Álamo. Casto y Ginés salieron a avisar al médico que se encontraba en el Casino, propiedad de Ricardo Linares, jugando una partida de billar. Inmediatamente acudió a atender a los accidentados. D. Adolfo vendó a José hasta la cintura y decidió que dada la gravedad de las heridas, lo trasladaran a Lorca. Juan Pedro, “el Caballista”, fue quien lo trasladó. En el hospital los médicos vieron que el vendaje de D. Adolfo era lo mejor que se le podía haber realizado y puesto que desgraciadamente sus heridas eran irreversibles lo mandaron a su casa, no había solución. “El Caballista”, lo trajo nuevamente, pero esta vez, a morir a su pueblo. Al conocer la noticia de su

vuelta al pueblo, sus amigos se fueron a su casa y sacaron la cama del muchacho a la calle para esperarlo y transportarlo al interior intentando hacerle el menor daño posible. Se avisó al párroco del pueblo, D. Manuel San Juan. En la puerta de su casa y esperándolo estaban también su madre, su hermano Paco, su hermana María y su novio Miguel, su hermana Rosa y su novio Eduardo y el sacerdote. Cuando llegó, los hombres lo pasaron del coche a la cama, el sacerdote le impartió los Santos Sacramentos y allí mismo expiró, en su cama, en la puerta de su casa, entre los suyos, en la soledad de la noche.

Era el 8 de enero de 1959 sobre las 12 de la noche. A José lo enterraron el día 9 de enero. D. Casto Uribe recuerda perfectamente esa fecha puesto que fue el día que cumplió 18 años: -“Había fallecido una de las personas más formales y honestas que he conocido”-, cuenta a pesar de haber pasado más de cincuenta años y todavía muy emocionado. Paralelamente, también a Luís lo socorrieron y ayudaron. También lo llevaron a casa del joven D. Adolfo que lo curó y lo mandaron al hospital de Lorca. A él si lo dejaron al menos unos dos meses. Al volver a Cantoria, fue D. Adolfo el que continuó haciéndole las curas. Las heridas fueron difíciles de curar añadiendo a esta desgracia el gran coste económico que supuso para su familia todo el proceso curativo. Luís tenía 21 años en el momento del accidente y con 24 años aún le sangraban las manos. Ese año tenía que incorporarse a la marina y cuando llegó a su destino, a Cádiz, lo mandaron de vuelta a casa. No pudo trabajar, ni aportar recursos económicos a sus abuelos ya mayores en muchos más años de lo que él hubiera deseado. A Luís le ocultaron durante meses que su amigo había fallecido en aquel accidente. Lo fue descubriendo al volver del hospital y fue un golpe muy duro. Todavía hoy en día, con 72 años mantiene secuelas en la cara y las manos de aquel terrible suceso. Aquel drama le ha marcado toda su vida, aquel drama de aquella noche fría de un mes de enero en un pueblecito del norte de la provincia de Almería ...

Los carretilleros de aquella generación aprendieron para siempre que hay materiales que para manipularlos se deben conocer, ser casi profesionales y no confiarse jamás. Casto Uribe Gómez nunca más hizo, ni tiró carretillas. Ginés Peña tampoco quiso hacer carretillas, ni tirarlas. Luís se fue de Cantoria tal vez por aquel accidente... Y que decir de la familia de José; nunca lo superaron, ni olvidaron a su querido hijo y hermano. Aunque a nosotros y nosotras como cantorianos se nos olvide, la pólvora y, por consiguiente, las carretillas, merecen un total RESPETO escrito con mayúsculas.

Este artículo ha podido ver la luz gracias a los testimonios de: María Carreño Mateos, Luís López Martínez, Casto Uribe Gómez, Ginés Peña Carrillo, Juan Martínez Sánchez y José Rubí Martínez.